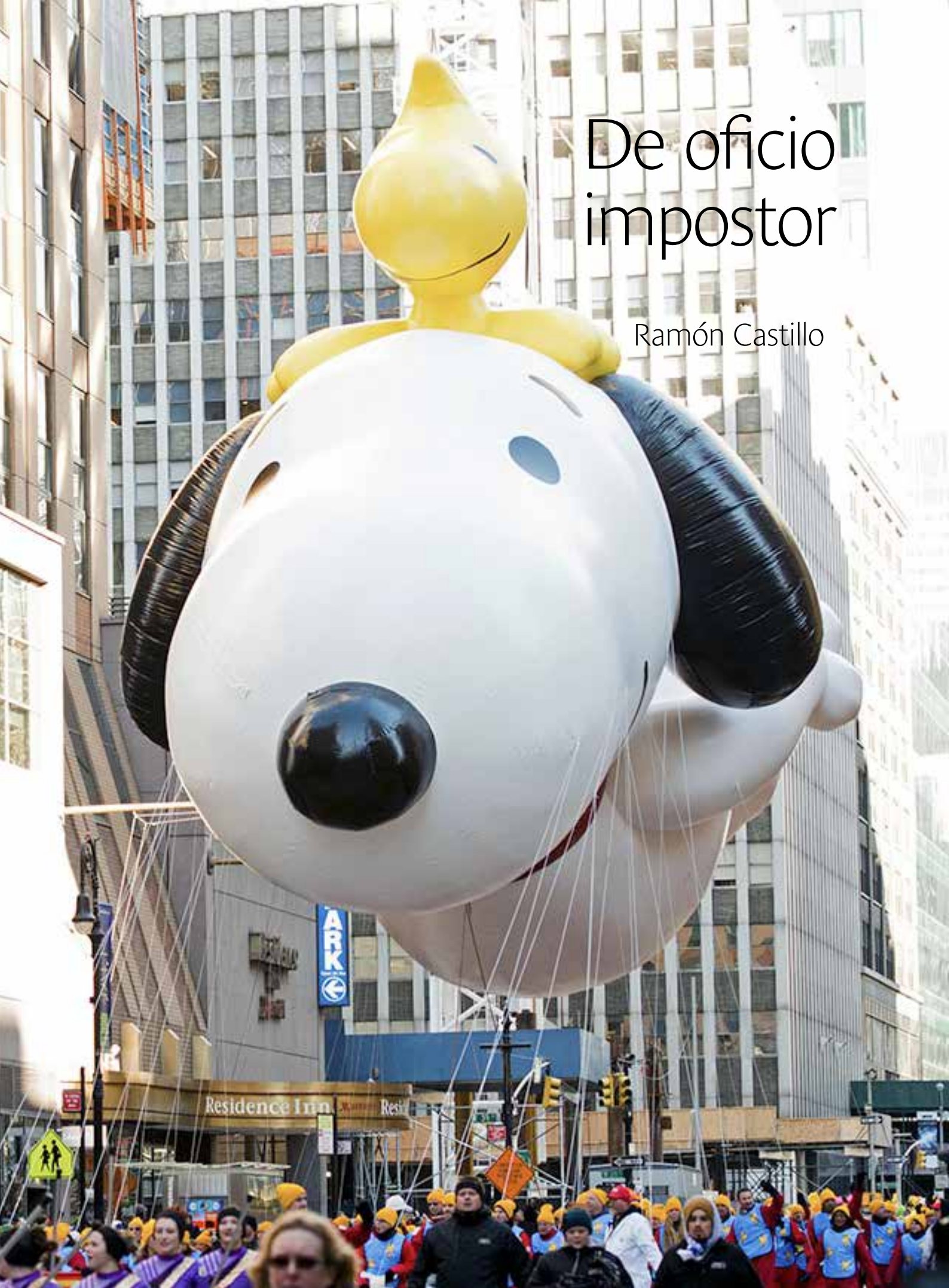


De oficio impostor

Ramón Castillo



ENTRE LOS MIEDOS QUE ME PARALIZAN a grados vergonzosos, hay uno cuya influencia en mi estado de ánimo, ritmo de sueño y ciclos alimenticios es tan intenso que, tal vez, sea únicamente equiparable a los terrores primigenios de mi infancia. Me refiero a la fecha de entrega de algún texto. Esta preocupación, de manera comprensible, parecerá a los ojos de cualquiera no sólo superflua, sino hasta ridícula. Mucho hay de razón en juzgar así esta confidencia. Sin embargo, los motivos que alimentan el malestar presumen un ligero decoro que me obliga a defenderlos.

Acostumbrado a escapar de toda responsabilidad o, en su defecto, a asumirla con radical imprudencia, la idea de tener que fijar un compromiso siempre me resulta asfixiante. Puedo hacer honor a la palabra empeñada, sin duda; el problema tiene su origen en una cuestión más cercana con una filosofía de vida. Se sabe, como un manido y eterno calvario, que la angustia es un mal que socava, con variaciones infinitas, cualquier intento por escribir. La escena de un compungido acumulador de palabras ante la hoja en blanco es la más fácil de sus encarnaciones. Pero mi problema no radica en carecer de temas, sino en la rotunda negación a traerlos al mundo.

La paternidad es, en términos literarios, un gesto que necesita mucho de arrojo, algo de necedad y otro tanto de candor. Virtudes escasas en mi ajuar sentimental. Por tanto, miento, a los otros y a mí mismo, al asegurar que me dedico a escribir. En otras palabras, falsifico mi existencia con una escandalosa constancia y una variedad deliciosa. No soy supersticioso, pero cuando alguien me ha cuestionado sobre lo que, supuestamente, estoy escribiendo, hay una relación directamente proporcional entre hablar de mi trabajo y su completo fracaso. Así que me invento planes increíbles, espléndidos y complicados, a un tiempo extravagantes e irrisorios, pero siempre condenados a ser maravillosos pasteles imaginarios, torres de fofo merengue verbal que jamás verá nadie.

No me agobia tanto la idea de que me descubran; por el contrario, aquello que me preocupa es que no lo hagan y yo tenga que seguir fingiendo que en verdad me dedico a las letras. A estas alturas, el engaño ha crecido tanto que debo continuar con la estafa para tener un pretexto que me obligue a escribir. Por ello, cuando se acerca el día en que hay que sentarse a ordenar algunas palabras, echar mano de una que otra metáfora y escoger un título que intrigue y seduzca al descuidado lector, comienzo a sentir en el pecho el ritmo sincopado del desmayo. Sumen a lo anterior el hecho de que a la infausta hora también se le nombra, con indiferente descuido, como *deadline*.

Cada quien sus vicios, pero en mi caso, prefiero más el placer onanista de soñar con derroteros inesperados, tramas imposibles y borradores infinitos que lidiar con la indigencia de mi talento, luchar con los verbos y sus conjugaciones, buscar el adjetivo puntual, borrar cada uno de mis desatinos para luego, con horror, ver que lo publicado carece del encanto e ingenio que esperaba. Julio Torri hablaba de los

genios estériles como aquellos que gozan del “prestigio de lo fugaz, el refinado atractivo de lo que no se realiza, de lo que vive sólo en el encantado ambiente de nuestro huerto interior”. Carezco de las credenciales adecuadas para asumir que pertenezco a ese honorable club, mas nada me impide expresar mi absoluto deseo de unirme a él como miembro honorario. En definitiva, mi credo se reduce a confirmar que la parálisis es la única salida digna ante el ineludible fracaso del lenguaje. No obstante, presa de mis contradicciones, escribo. O, mejor aún, aparento que lo hago.

Un detalle me sigue sorprendiendo: de entre mis más cercanos amigos y mis benévolos familiares, nadie sospecha el penoso trance que experimento cuando asumen, con una simpática mezcla de encanto y condescendencia, que mi oficio es el de autor. Por supuesto, todo comenzó como una burla, pero ahora la incomodidad raya en la zozobra en el momento que, para seguir en mi papel, tengo que sentarme a escribir una que otra línea. Tampoco quisiera caer en el victimismo, nadie me obligó a escoger esta máscara. Si uno no tiene la libertad de engañarse como se le antoje, entonces, estamos jodiendo lo máspreciado que tenemos, la capacidad de inventar nuevas realidades y elevar el embuste a niveles de fina delicadeza.

A la pregunta: “Y, usted, ¿a qué se dedica?”. Bien podría haber respondido que era embajador plenipotenciario en Burundi, por ejemplo; o, tal vez, chamán y lector del tarot —certificado por Jodorowsky, claro está—; músico, boxeador o torero; o en el más infame de los cinismos, asumirme como senador o diputado, pero la idea no me gustó porque, ahí sí, no hubiera hecho un carajo con mi vida. En lugar de todas esas opciones, me decanté por definirme como escritor. Pensé que sería divertido, y lo ha sido la mayor parte del tiempo, sobre todo en las fiestas del gremio, donde todo mundo se emborracha y habla mal de los demás. El problema vuelve, cada vez con mayor fuerza, cuando se vence el periodo para entregar una colaboración.

Justo a un costado de donde me siento a trabajar, coloqué una imagen que me recuerda el sentido de mi doble personalidad y el placer que conlleva fingir que lo mío es la literatura. Se trata de una de las muchas apariciones de Snoopy, el entrañable perro de raza beagle, creación de Schultz. La historieta de cuatro viñetas parte con el canino sentado, en honda reflexión, frente a su maquinilla de escribir; después, arremete contra el teclado. Se detiene, mira lo que ha hecho y lee: “*Book one, Part I, Chapter One, Page 1*”. Un rictus de satisfacción y orgullo se dibuja en su cara, cierra los ojos y exclama feliz: “*What a great start!*”. Esa es, en síntesis, la historia de mi vida y de mis muchos, aunque inexistentes, libros.

Italo Calvino señala, refiriéndose a otra de las tiras cómicas protagonizadas por esta mascota, que en el ejercicio de insinuar algunas líneas “uno se lanza a escribir anticipándose a la felicidad de una futura lectura y el vacío se abre en el papel en blanco”. Uno comprende que el destino del mejor amigo de Charlie Brown es el de

vivir en un feliz bloqueo, hacer del fracaso su máxima vital, abrazar el rechazo apenas distraído por innumerables comienzos que nunca fructifican. Su alegría consiste no en lo que hace, sino en todo aquello que sólo alcanza a esbozar, tentativas cuya intrascendencia son su mayor atractivo. No concretar nada, he ahí la excusa para continuar pretendiendo que se es escritor y, de esta manera, disfrutar la ilusión de crear una biblioteca personal con libros improbables y espléndidos.

La práctica asidua, sacrificial y deliberada del verbo escrito no es una de las gracias que me caracterizan. Mi goce se reduce a emular los ritos propios del estereotipo: leo mucho, tomo notas, compro libretas de todos los tamaños y colores, tengo montones de libros que no he leído pero cuya posesión justifico aludiendo a un plan de vida, voy a presentaciones literarias, he asistido a un par de talleres, critico a los consagrados y me muestro suspicaz con los nuevos valores, en fin, todo lo que hacen los demás miembros de la cofradía letrada, salvo escribir.

Será que mis amigos son en extremo generosos o sus habilidades detectivescas son limitadas, pero incluso sabiendo que no soy un creador, con frecuencia me siguen invitando a colaborar con algún texto. Reconozco en su amabilidad una forma para integrarme al grupo, conocer nuevas personas, tomar algo de aire fresco, pero de todos modos me sorprende que no me hagan expresa su desconfianza. Sé que en el fondo, guardan verdaderas sospechas de un ensayista que no escribe, que carece de libros publicados, que no ha ganado premio alguno, que su nombre no significa nada en los círculos de conocedores, en fin, que no existe. En mis ratos de mayor paranoia, fantaseo con la idea de que todo se trata de una calculada estrategia para que, al llegar el plazo de entrega, puedan evidenciar lo hechizo de mis papeles y me arrojen, ahora sí, sin misericordia de la república de las letras.

Pasado el desasosiego, me consuelo en la más valiosa de las lecciones que Snoopy ha dejado: quien escribe es, por necesidad, un artista de la simulación. Porque en las muchas aventuras de este perro, se constata que el principal talento que lo distingue es el de ser un coqueto embaucador; a ratos un profesional de la escritura o un habilidoso piloto de avión, también es un viajero interestelar, un sutil misántropo y, especialmente, un mitómano consumado. Él me estimula a confirmar que la belleza de la escritura radica en presumir al mundo lo que imaginamos, sin que esto signifique ponerlo por escrito. La mejor obra siempre se quedará en el baúl de los grandes afanes inconclusos.

De hecho, espero con resignada emoción ese día en que alguien, ojalá sea un amigo piadoso, me diga que por fin se percataron de la farsa. Ya no hay necesidad de seguir mintiendo. No eres un escritor. Entonces, ya no habrá nada que esconder y, finalmente, me será otorgado disfrutar el callado deleite de imaginar los libros que jamás escribiré. ■■